mentándose únicamente con algunos peces, insectos y varias frutas y yerbas que se criaban en aquellas islas, y cubriendo sus ennegrecidas y tostadas carnes con hojas de *palma palustris*. Todas estas privaciones, todas estas miserias, las sufrian sin embargo los mejicanos con el mayor placer, en cambio de la libertad de que gozaban en aquellas islas.

Varias tríbus circunvecinas, entre otras la de los colhues, propusieron á los aztecas someterse á los jefes de cualesquiera de aquellos pueblos, ofreciéndoles en recompensa todas las ventajas y todas las comodidades que el país ofrecía; pero siempre los mejicanos prefirieron su pobreza y su miseria, á someterse á otro poder estraño á su tríbu.

Los jochimelcas se decidieron al fin á arrancar á los aztecas la libertad tan querida y con tantos esfuerzos y penalidades conservada hacía ya bastantes años. Aquella tríbu, una de las más poderosas de cuantas habitaban en el Anahuac, quiso estender sus dominios por el país de los aztecas y someterlos á la autoridad de sus ambiciosos é inhumanos jefes. La resistencia que opuso el pueblo invadido fué por demás tenaz y sangrienta; pero viéndose próximo á sucumbir ante el mayor número y bárbara fiereza de los jochimelcas, suplicaron al rey de los colhues que les favoreciese en aquella ocasion, prometiéndole en cambio pelear siempre por su pueblo, sin otro salario ni recompensa que la libertad.

Vencida con este auxilio la invasora y numerosa tríbu, el rey de los colhues preguntó á los aztecas en dónde se encontraban los prisioneros que habian hecho en la pelea, y le presentaron grandes sacos llenos de narices y de orejas, advirtiéndoles el rey que para otra vez no olvidasen que queria hombres enteros y no fragmentos de hombre.

En gracia de la importante victoria que acababan de alcanzar los aztecas, determinaron ofrecer un sacrificio al dios de la guerra, para lo cual pidieron al rey algunos objetos preciosos que sirviesen de ofrenda. El rey, que frecuentemente se burlaba de las costumbres y de las creencias de aquella tríbu, les envió un ave muerta envuelta en una tela tosca, y les anunció que para mayor solemnidad y pompa, asistiria él mismo á la ceremonia.

Reunidos todos los aztecas, y despues de danzar largo rato alrededor del ídolo, presentaron cuatro prisioneros jochimelcas que hasta entónces habian tenido ocultos, y se disponian á inmolarlos á su dios de los combates. El rey, como todos los antiguos habitantes del Anahuac, no pudieron ménos de horrorizarse al ver la decision inhumana de los aztecas, y trataron de salvar á todo trance la vida á aquellos infelices prisioneros. Pero los aztecas, que no comprendian nada más grato á su dios que los sacrificios humanos, creen ver en esto una gran ofensa hecha al ídolo que tanto reverenciaban, y se preparan, no sólo á inmolar las víctimas de los pobres jochimelcas, sino á todo aquel que de algun modo se opusiera á la práctica de su religiosa creencia.

El rey de los colhues, al ver la actitud feroz de los aztecas, desiste de su humanitario empeño, y manda á los demás habitantes del Anahuac que dejen terminar la ceremonia: los cuatro prisioneros fueron inmolados, en efecto, siendo éste el primer sacrificio humano que se había hecho en el Anahuac. Este y otros muchos actos de barbárie y crueldad de los aztecas, amedrentaron hasta tal punto el ánimo de su nuevo rey, que convencido de que aquella tríbu no podria existir sino independiente y libre, y temiendo hasta por su propia vida, determinó dejarla otra vez en libertad, á lo cual precisamente se dirijian todas las aspiraciones de los aztecas.

Durante algun tiempo, esta tríbu estuvo errante por las comarcas del Anahuac, viniendo al fin á establecerse en el lugar que hoy ocupa la capital del imperio mejicano, situada sobre un grupo de islas unidas al continente por tres calzadas, de las cuales ocupaba la principal una longitud de más de tres millas. Libres los aztecas, y temerosos de que otro pueblo viniera más tarde á robarles su querida independencia, se afanaron por el progreso y engrandecimiento del país en que se habian instalado, y viéronse, en efecto, levantarse en todo aquel territorio multitud de pueblos que ofrecian por su posicion una gran resistencia á las tríbus comarcanas, fomentarse rápida y prósperamente la riqueza y bienestar de aquellos habitantes, y aumentarse la poblacion de un

modo considerable. La ciudad de Méjico, que en 1325 se componia de unas cuantas cabañas de juncos y de un templo de madera dedicado á Huitzilopochtli, nombre que los europeos han corrompido por el de Huichilobos y Vizlipuzli, contaba á fines de aquel siglo con un gran número de sólidos edificios en donde se albergaba una poblacion harto numerosa y civilizada, si bien continuando, y con mayor frecuencia y barbárie, con los horrendos sacrificios humanos que ofrecian á su dios Huitzilopochtli, y á otros varios ídolos á quienes igualmente prestaban adoracion y culto.

El gobierno de Méjico hasta el año de 1352 fué aristocrático, componiéndole veinte nobles de los más ricos, más valientes é ilustrados del país. Las contínuas disensiones y graves disgustos que llevaba consigo la eleccion de aquellos nobles, y el ejemplo de paz y de calma que les daban otras tríbus del Anahuac que obedecian á un rey, decidió á los mejicanos á nombrar una autoridad suprema, cuyo nombramiento recayó en Acamapitrin, uno de los nobles más valientes y entendidos de aquel país, y perteneciente á la familia real de Colhuacan.

Siguió á este reinado el de Huitzilihuitl, durante el cual los aztecas estendieron considerablemente su territorio, internándose sin ninguna resistencia en el país de los tepanecas á causa del casamiento de aquel monarca con una hija del caudillo de esta tríbu. Casado despues Huitzilihuitl con otra princesa, de la cual tuvo al célebre Motezuma I, consiguió igualmente ensanchar sus dominios y dar un gran impulso á las artes y á la industria.

V.

Varias y obstinadas luchas ensangrentaron el reinado siguiente de Chimalpopoca, á consecuencia de graves disensiones por la sucesion, entre los nobles de Méjico, de Texenco, Chalco, Tequizquiac, y otras poblaciones del Anahuac, dando por resultado el nombramiento de Itzcoatl, hijo de una esclava, por más que por esta circunstancia la ley le escluyese de la sucesion al trono. Las primeras disposiciones de este entendido monarca se encaminaron á procurar la reconciliacion de los nobles entre sí, y la obediencia á su autoridad de los demás pueblos, que en contínuas guerras se destrozaban de una manera feroz y sangrienta; y cuando hubo en efecto atraido á su amistad y cariño al jóven hijo del último rey de Texenco, á los bravos tlascaltecas y á varios otros nobles, se dispuso enviar al rey de los tepanecas un numeroso ejército al mando del célebre Motezuma, proponiendo á aquel temible y poderoso monarca la terminacion de las luchas entre uno y otro pueblo. La contestacion del rey de los tepanecas fué amenazar con el esterminio del pueblo que Motezuma representaba, y decretar la muerte inmediata del emisario, viéndose este general obligado á huir precipitadamente de la presencia del rey para evitar una muerte cruel y segura.

Gran espanto produjo esta noticia en el ánimo de los mejicanos. El nombre de los tepanecas habíase ya hecho tan temible en todo aquel territorio, que una simple amenaza de aquel pueblo feroz y sangriento consternaba á la tríbu amenazada. «¿Qué será de nosotros,—decia el pueblo mejicano á Motezuma y demás nobles,—si somos vencidos por los tepanecas? Volveremos á la esclavitud de ese pueblo déspota y cruel; y antes que tal desgracia caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos, estamos dispuestos á derramar nuestra sangre: disponed de ella vosotros, insignes nobles; conducidnos al combate, y procurad vencer con nuestra ayuda á esa terrible tríbu. Si somos vencedores, os prometemos para siempre nuestros servicios y los de nuestros hijos; cultivaremos vuestras tierras; construiremos vuestras casas; llevaremos vuestras armas y vuestros equipajes en todos tiempos á la guerra, y seremos, en fin, para siempre vuestros siervos.»

Esta oferta, hija del temor que los mejicanos tenian á la dominacion de los tepanecas, fué, como más adelante tendremos ocasion de examinar, el primer fundamento de la esclavitud en América, que tantos y tan graves males ha traido hasta nuestros dias, así en el Antiguo como en el Nuevo Mundo. La lucha entre las dos tríbus vecinas fué encarnizada y sangrienta, quedando la victoria, despues de dos dias de combate, en favor de los aztecas. Y aquí puede decirse se inaugura un nuevo período de prosperidad y de grandeza para el imperio mejicano, que en breve tiem-

po le trasforma por completo en su manera de ser político y social, aumentando de una manera considerable su territorio y su poblacion con la conquista del país de los tepanecas y demás tríbus á ellos sometidas. La corona de este respetable imperio fué dada por aclamacion de todos al valiente Motezuma, el más digno por su valor y por su talento de ocupar tan elevado cargo. Su conducta, durante el período de su reinado, fué tan prudente y acertada, que el Anahuac llegó á ser objeto constante de la codicia de todos los demás pueblos, siendo esto causa de que Motezuma se viese frecuentemente obligado á defender con las armas aquel vasto y próspero territorio.

La muerte de Motezuma, acaecida en 1464, llenó de tristeza y hasta de temor al pueblo mejicano que recelaba, á pesar de toda su grandeza, volver á ser víctima de alguna invasion de las tríbus enemigas; pero ese temor desapareció tan pronto como fueron conocidas las dotes y la conducta de Axajacatl, sucesor y pariente del difunto rey. Axajacatl, en efecto, imitando y siguiendo los consejos de su antecesor, continuó sus conquistas hasta el Grande Océano, sometiendo á su corona el Estado de Tlatelolco y otra porcion de ciudades marítimas, á la cabeza de las cuales se hallaba Tehuantepec; y de este modo Méjico, que á manera de la antigua Roma, nada queria que existiese independiente, sino que todo estuviese sometido á su poder, consiguió infundir por todas partes el terror y el miedo, y no habia pueblo que no temblase al dirijirse sobre él las legiones de aquellos emperadores. Sólo así podria esplicarse la prosperidad y estraordinaria grandeza de aquel imperio, que hácia el año de 1500 se estendia á las fronteras de Guatemala y Yucatan, sin embargo de las grandes dificultades que por el terreno y la ferocidad de los habitantes de aquellos bosques se presentaban á los mejicanos.

VI.

La organizacion militar de los aztecas se parecia en cierto modo á la de los ejércitos feudales de la Edad media. Un imperio que tuvo las armas en la mano desde su orígen hasta su caida, debió poner el estado militar en primer término. La gerarquía y la composicion de los ejércitos aztecas, no se conocen sino de una manera imperfecta: únicamente se sabe que todos los grados estaban reservados á la nobleza; que estaban mandados por diversos generales de grados diferentes; que se distinguian unos de otros por plumas, cascos y armaduras particulares. Un general en jefe tenia el mando supremo. En cuanto al reclutamiento era muy sencillo, puesto que se derivaba del principio de que todo hombre que pudiera combatir, debia ser soldado. Los jefes ó señores feudatarios, y los príncipes aliados, debian suministrar cierto número de hombres y marchar á su cabeza, en el momento en que fuesen requeridos. No habia, por lo tanto, ejércitos permanentes.

Las armas de los aztecas, como las de otros pueblos de la América de aquellos tiempos, sólo eran buenas para combatir con otros enemigos que no las tuvieran mejores. Los guerreros llevaban una especie de corazas de algodon, de tres centímetros de espesor, que protejian el cuerpo desde el cuello hasta la cintura. Los soldados manejaban con destreza una maza hendida, con la que lanzaban piedras con tanta fuerza como si fueran tiradas con honda. Conocian el broquel ó escudo ovalado, la espada de dos filos, y las picas de quince ó diez y seis piés de largo, que terminaban en una punta de corte muy afilado. Pero el arma más peligrosa en manos de los aztecas, era un dardo que sabian lanzar con una destreza maravillosa, y con el cual atravesaban á un hombre de parte á parte. Al estremo de este dardo estaba atado un largo cordon, por medio del cual lo retiraban con prontitud para lanzarlo de nuevo. Los mismos españoles temian esta arma mortífera, contra la cual no siempre les resguardaban sus corazas de hierro.

La historia de la conquista prueba que los mejicanos no tuvieron la menor idea de lo que ahora se llama órden de marcha, órden de batalla, evolucion, táctica y disciplina: se arrojaban en masa sobre el enemigo, y volvian á la carga en tanto que no se desalentaban. No era menester mucho para que perdieran el ánimo: la muerte de un general, la toma del estandarte real los llenaban

de terror, y se declaraban en huida en el mismo instante en que debian creerse más fuertes. Malísimos soldados en campo raso, se batian con denuedo detrás de sus murallas, en lo alto de sus torres, ó sobre las plataformas de sus templos; allí era preciso matarlos para vencerlos. Los aztecas sabian sacar partido de los accidentes del terreno, y trasformar alturas naturales en fortalezas, construyendo varios recintos de muros elevados de distancia en distancia, desde la base de la montaña hasta su cima. Las pirámides de Cholula y de San Juan de Teotihuacan, las construcciones de Xochicalco, etc., fueron á la vez edificios religiosos y plazas fuertes. Los restos de algunas de sus fortificaciones que se han conservado hasta nuestros dias, prueban que los pueblos del Anahuac eran ménos ignorantes de lo que se les supone en el arte de la defensa, más perfeccionado entre ellos que el del ataque.

CAPÍTULO II.

LA CONQUISTA.

Descubrimiento de Nueva España ó Méjico.—Proyectos y preparativos para la conquista.—Hernan Cortés.—Su espedicion.—Fundacion de Veracruz.—Marina.—Guerra con los tlascaltecas.—Motezuma II.—Prision de Motezuma.—Espedicion de Narvaez.—Muerte de Motezuma.—Batalla de Otumba.—Sitio y toma de Méjico.

I.

Remediados en parte los graves males que aflijian á España y sus posesiones de América con el reinado de Cárlos I, se reanimó el espíritu de conquista de los españoles en el Nuevo Mundo, volviendo á agitarse con gran entusiasmo el pensamiento que ya anteriormente habian abrigado algunos españoles, del descubrimiento de nuevas tierras no muy lejanas á las ya encontradas por el bravo marino Cristóbal Colon. Las noticias que de tales países trajeron á España los pocos soldados que escaparon de la intentada conquista del Yucatan por el intrépido Francisco Fernandez de Córdoba, alentaron más y más el ánimo de los españoles, y bien pronto el activo y ambicioso Diego Velazquez, capitan de la isla de Cuba, dispuso que se preparasen tres bajeles y un bergantin, con todo lo necesario para llevar adelante aquella atrevida empresa.

Juan de Grijalva, cuyo nombre habíase ya hecho harto conocido por su arrojo y singulares conocimientos en la marina, fué nombrado cabo principal de la espedicion, y capitanes de la misma Francisco Montejo y Alonso Dávila. El 8 de Abril de 1518 se hicieron á la mar con doscientos cincuenta soldados, incluyéndose en este número los pilotos y marineros, y en pocos dias arribaron y se hicieron dueños del paraje de Potonchan ó Champoton, en donde fué muerto con casi todos los suyos el valiente capitan Fernandez de Córdoba. Continuando despues su rumbo, descubrieron una dilatada costa sembrada de multitud de pueblos, cuyos edificios tenian grande semejanza con los de España, y de aquí el haber dado á aquella costa el nombre de Nueva España. La afortunada tripulacion se dirijió despues al rio Tabasco, uno de los más caudalosos que desembocan en el golfo mejicano, y que desde entónces tomó el nombre de rio de Grijalva, desde el cual tuvieron ocasion de apreciar en cierto modo las grandes riquezas que debieran esperarse de aquellos países.

Sin dejar su derrotero, llegaron más tarde al rio que llamaron de Banderas, en donde Juan de Grijalva, despues de haber recibido al desembarcar cuantiosos regalos de los indios que habitaban en las márgenes del citado rio, pudo saber que aquellas tierras eran dependientes del rey de Méjico, Motezuma, cuyos Estados, además de sus grandes dimensiones, eran los más ricos y florecientes de toda la América.

Estas noticias decidieron á Grijalva á pedir mayores auxilios á Diego Velazquez, con el fin de asegurar los países ya descubiertos y apoderarse de aquellos otros de Motezuma, con lo cual, y despues de haber descubierto la isla de San Juan de Ulúa, se volvió con sus naves á Santiago de Cuba, arribando en aquel puerto el 15 de Noviembre del citado año. Los regalos presentados por Grijalva al gobernador ó capitan de la isla, y la relacion que hizo al mismo de las riquezas